

DISCURSO DE OFRECIMIENTO

Por MIGUEL RESTREPO RENDON

(En el homenaje que la Universidad rindió al Excelentísimo Señor Guillermo Escobar Vélez, con motivo de su designación como Obispo Auxiliar de Santa Fe de Antioquia).

Me ha discernido la Universidad Pontificia Bolivariana el alto e inmerecido honor de hacerme su vocero en este acto solemne de filial cariño. Cúmpleme pues conjugar en una, la voz de directivas y alumnos de la Universidad. Afortunadamente, aquéllas y éstos han tenido siempre espíritus y sentimientos en constante identificación, anhelosos de grandes conquistas y ajenos a mezquinos propósitos. Y en mayor forma que de ordinario, hoy, cuando devotamente se congrega la familia bolivariana al lado del preceptor insigne, llamado por el Padre de la Cristiandad a la plenitud del sacerdocio. En esta ocasión, nuestras palabras forman un solo clamor, nuestros corazones un único haz y nuestros ánimos se aunan con estrecho y poderoso vínculo.

Porque, —Excelentísimo y Reverendísimo Señor— Prelado, patriota y amigo, constituís feliz síntesis humana de lo que es la Universidad.

El afecto cordial que a todos nosotros nos reúne ahora, se siente impresionado por bien distintos y aún contrarios impulsos. No podríamos ocultar el dolor que nos causa vuestra separación física de los claustros; el saber que la imponencia de vuestro porte caballeroso y la sencillez de vuestra sacerdotal figura, no alumbrarán ya las faenas cotidianas de las aulas; el silenciarse de la voz, recia en la afirmación y amable cuando amonesta o aconseja; la ausencia de la mirada varonil que trasunta valor y difunde virtud; el apagarse de vuestro gesto, amplio en el perdón y severo en el cumplimiento del deber. La reflexión en todo esto, y en cuántas cosas más!, desgarrar íntimas fibras de nuestro sér y nos hace vacilar un momento: es la ida del consejero, del confidente, del maestro; la ida que el Señor ha querido para gloria suya y bien de sus ovejas; la que nos hace sangrar los corazones y, a la vez, nos trae dulces y santísimos consuelos.

Cuán gratamente nos conforta, en qué modo tan suave nos se-

rena, la confianza en la Providencia Divina y la certidumbre de vuestro apostólico celo! Qué profunda honra para la Universidad y qué gloriosa presea para nosotros es vuestra promoción episcopal! Ella brinda a los claustros que vuestra mente iluminó, la oportunidad de entregar a Dios un pastor a quién por antonomasia llamar bolivariano.

Bien sabemos el hondo cariño que dejáis acá y que os va cordia'mente con nosotros. Es ésa la razón para que en este momento, que podría imaginarse por algunos como el del adiós, no tenga en realidad un tal significado. Al contrario, es ahora cuando se hace más estrecha la comunicación entre vos y nosotros, más intensos y más hondos los lazos que mutuamente nos convocan. Y todo ello, merced a la inextinguible comunión del cristiano con los Principes de la Iglesia, con los sucesores de los apóstoles.

En Cristo es nuestra unidad. Caído el hombre a impulsos de la soberbia, el Creador en el mismo paraíso promete que la cabeza del angel de las tinieblas será quebrantada por el linaje de la mujer; privado de la adoptiva filiación divina, aparece Jesucristo como el Mesías prometido, Víctima propiciatoria por los pecados de la humanidad, Príncipe de la paz y Mediador del Nuevo Testamento.

El, en el grande sacrificio del Calvario, parte las edades en dos, rompe los velos que nos separaban de la eterna felicidad y nos reconcilia con el Padre. Los merecimientos infinitos de la pasión y muerte de Jesús, despiértanos a una nueva vida, repleta de gracias, de carismas y de divinos dones.

Suprema Sabiduría, quiso que aquellos frutos madurados en el árbol de la cruz llegasen a nuestras almas repartidos por la Iglesia que es Cuerpo Místico de Cristo.

Jesús derrama con su predicación y con sus obras la semilla maravillosa de la Iglesia. En el Sermón de la Montaña y en el sencillo símbolo de la parábola habla un lenguaje que por su grandeza sólo puede brotar de divinos labios. Y enseña una doctrina, doctrina de amor como síntesis suprema de todos los mandatos.

“Elevado en la cruz, como en un solio de misericordia, atrajo todas las cosas a sí mismo”. La espada de Longino atraviesa su costado, y de su corazón amantísimo brotan sangre y agua en misteriosa conjunción. La Iglesia, ya concebida, nacia en el madero, del mismo costado del segundo Adán (Cfr. León XIII), “como una nueva Eva, madre de todos los vivientes” (Cfr. Ambros.).

Grande y excelsa Iglesia de Cristo! Cuerpo maravilloso que tiene por cabeza una corona de espinas (Cfr. Pío XII), que de modo tan alto fué engendrada y que nació en trono de mejestuosa luz! Iglesia de Cristo que se manifiesta y se promulga “cuando de manera visible envió —E!— el Espíritu Paráclito sobre sus discípulos”.

“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, quedará sólo, pero si muere llevará mucho fruto”. Así, el Redentor, muerto en la Cruz, escarnecido y oprobado, nos hace partícipes de la naturaleza divina, dándonos en la tierra la gracia que santifica y la eterna bienaventuranza en la gloria de los cielos.

Nacidos por el agua del bautismo a la vida de Cristo, unidos en la fe y en el gobierno, formamos parte del Cuerpo Místico. Cabe-

za de él, ya lo hemos dicho, es el mismo Redentor, y como tal, directamente lo gobierna. Y ordinaria y visiblemente lo hace por su Vicario en la tierra, el Padre de la Cristiandad que desde Roma orienta y apacienta la grey.

Y en las iglesias particulares es también Jesucristo quien dirige a los fieles "por medio de la palabra y de la potestad" de sus propios obispos. Son ellos "**partes principales de los miembros del Señor**". Bien puede llamárseles padres, porque en desposorio fecundo con la Iglesia a ellos confiada, engendran almas para la eternidad.

El Cuerpo Místico de Cristo es vivificado por el Espíritu Santo. Y así como el alma anima y lleva fuerzas a cada uno de los miembros de nuestro cuerpo, en forma semejante Aquel es quien alienta a los miembros de la Iglesia: "para vivir del Espíritu de Cristo es necesario permanecer en el Cuerpo de Cristo".

Es este Espíritu el que nos vuelve la perdida condición de hijos adoptivos de Dios; es El el que une entre sí a los miembros y el que los ata a la cabeza. "El con su celestial hálito de vida ha de ser considerado como el principio de toda acción vital y saludable en todas las partes del Cuerpo". Si Cristo es la cabeza del Cuerpo Místico, el alma de ese Cuerpo es el Espíritu de Cristo.

Cuerpo Místico de Cristo, nó mera persona física o moral, la Iglesia es superior a cualquiera de las sociedades humanas. Dotada de vínculos jurídicos y sociales, como corresponde a una sociedad perfecta, manifiesta exteriormente su unión con "la profesión de una misma fe, la comunicación de unos mismos sacramentos, la participación de un mismo sacrificio, la observancia esmerada de unas mismas leyes" y la unión con la misma cabeza (Cfr. Pío XII).

Y además de aquellos lazos jurídicos existe otro vínculo intenso que nos ata en Cristo y con Cristo y es él el ligamento sólido y penetrante de las virtudes teologales.

Sorprendente unidad ésta de la Iglesia que hace exclamar a Clemente de Alejandría: "La Iglesia tiene en realidad como una sola respiración". Y dentro de aquella unidad cuán luminosamente resplandece la comunión filial del rebaño con el pastor! Es desde los primeros tiempos del cristianismo dulcemente placentera esa conjunción. Ignacio de Antioquía bien la describe en su "Carta a los Efesios": "Y si yo en tan poco tiempo llegué a una familiaridad tan íntima con vuestro obispo, familiaridad no humana sino espiritual!, cuánto más os llamaré dichosos a vosotros por estar unidos con él, como la Iglesia con Jesucristo y como Jesucristo con el Padre, a fin de que todo concuerde armoniosamente en la unidad".

Asombrosa magnificencia la de la dignidad episcopal. Es el obispo, sucesor de los apóstoles y como tal, enviado por Cristo a predicar el Evangelio. Ese mandato, del Salvador lo recibieron los discípulos, sobre quienes sopó el Espíritu Santo. Al cayado del pastor acude el rebaño vehemente y ardoroso por conocer la Buena Nueva. Es él, verdadero e íntegro representante de Cristo sacerdote.

Alta responsabilidad y grande encargo el de cuidar de la heredad y de guiar el aprisco! Cuánta razón asiste al apóstol al exigir del obispo que sea inculpable como administrador de Dios. "No so-

berbio, ni iracundo, ni dado al vino, ni pendenciero, ni codicioso de torpes ganancias, sino hospitalario, amorador de los buenos, modesto, justo, santo, continente, guardador de la palabra fiel; que se ajuste a la doctrina, de suerte que pueda exhortar con doctrina sana y argüir a los contradictores”.

Y alta y grande en estos tiempos de convulsión y de apostasía. Masas inmensas han caído en la desesperación de las tinieblas. El mundo se siente derrotado y, afanoso busca orientarse por los caminos de la verdadera paz, que es sosiego y concierto como dijera el fraile belmontino. Crédulo, confió en el racionalismo el remedio a sus males; quiso volver la espalda a Dios y se hundió en los abismos. Hambriento, sediento de riquezas vanas, se lanza a la conquista de la materia, y el espíritu, que antes olvidara, rebélase contra tanta abyección y bajeza. Ciego, niega el Amor Infinito y sale a proclamar una fraternidad sin contenido, una igualdad sin alma. Son el desconcierto y la anarquía los que surgen.

Hemos sido espectadores de la quiebra de la razón erigida como señora y dueña de todas las cosas, fuente exclusiva de verdad e intérprete y dispensadora de todo conocimiento. La fe, fundada en la divina revelación y en el magisterio infalible de la Iglesia, ha de levantarse como remedio a tantas heridas hondas que afectan el entendimiento humano y que hacen doler de desorientación los espíritus. Pero ha de ser una fe acompañada con el mérito de las buenas obras; la fe vivida que fecunda las almas y que lleva alientos de gracia y de amor.

Y tan absoluta confianza en lo percedero como ha pasado a nuestros ojos, ha de cambiarse por la verdadera esperanza que nos hace desear a Dios “como a manantial de la felicidad”, “aguardando la bienaventurada esperanza y la venida gloriosa del gran Dios”.

Convertido el hombre en juez supremo de sus actos y su modo de obrar en norma absoluta de moralidad, las pasiones llegaron al desenfreno máximo y los fundamentos esenciales de la organización social se pretermitieron dando paso al tremendo caos de los estados. **El respeto al Derecho Divino y al Natural, el acatamiento a las normas éticas, al Decálogo** serán garantía de armónico bienestar, de serenidad y de sosiego.

Hasta ahora los tiempos modernos nos entregan un legado de duros egoísmos y de refinados odios; sed insaciable de crueles retaliaciones presentadas con el señuelo de la justicia que vindica. La caridad, aquel mandamiento sublime del amor, implantará su dominio para hacer remanso dulce donde hallar la paz, perdida en la tormenta, y la confianza, lejana en medio de este reino de la incertidumbre.

La terrible angustia del mundo contemporáneo no se cura sino con el regreso a Cristo. Y por ese retorno se predica una cruzada de caracteres ecuménicos. “Es la hora —ha dicho Pío XII— de que todos los hombres buenos, los que se preocupan por el destino del mundo, se reconozcan y unan sus esfuerzos y aprieten sus filas”. Difícil sería la tarea, de no contar con la divina protección: “trátase de reconstruir desde sus fundamentos a un mundo entero, transformarlo de salvaje en humano, de humano en divino, es decir, según el cora-

zón de Dios". En esta empresa que ha de despertar de su letargo a los tibios, que ha de sanar en la gracia divina a tantos indigentes, se hace grandemente necesaria la unión estrecha de los fieles con los jerrarcas. La Iglesia tiene dones abundantes con qué curar esta pobre humanidad; desgraciadamente, hubo quienes trataron de colocar la religión en el más escondido y oscuro rincón de los hogares; hubo quienes sintieron vergüenza de confesarse católicos; y se quiso establecer un divorcio imposible entre el ciudadano y el cristiano. Se trata pues de una sacudida valerosa, de una renuncia a tantos prejuicios y mitos infundados.

Y hemos de comenzar los colombianos la labor en la tierra misma de nuestros mayores, que asiste al terrible espectáculo de la depredación y de la muerte. En esta tierra en que el imperio de la venganza ha ido levantándose con potencia insospechada, haciendo resallar el látigo de su oprobio y de su maldición. La gran Asamblea de Obras Católicas reunida en Bogotá recientemente, ha iniciado esta cruzada por la paz de Colombia. Restaurar cristianamente el hogar de la nacionalidad es empeño digno de múltiples encomios y habrá de lograrse predicando y obrando el respeto a las autoridades legítimas, el fortalecimiento de la familia, la conservación en nuestras mujeres de las tradicionales virtudes que las han ornado, el fomento al trabajo y la protección de la juventud, el apoyo para las sanas expansiones y la educación religiosa de todos, y en fin, el imperio de la justicia social y el **reinado del verdadero amor**.

Timoneles y capitanes expertos se nos han dado, y entre ellos Vos, Excelentísimo y Reverendísimo Señor, os destacáis con nobles perfiles de grandeza. La Universidad afirma ahora su inquebrantable propósito, mantenido a través de su existencia, de laborar por el bien de la Iglesia y de la Patria con decisión heroica y con alegre optimismo.

Los bolivarianos, soldados en esta milicia universal, han venido a rendiros su homenaje, sincero en el espíritu y agradecido en la voluntad. En él está presente el claustro con toda su trayectoria de grandeza: quienes la engendraron han disparado sus corazones al futuro y nos acompañan en dificultades y alegrías; aquí se hallan las directivas, que recibieron el apoyo de vuestro brazo y la prudencia de vuestro consejo; presentes están los profesores, adoctrinados en vuestro ejemplo y enaltecidos por vuestra comprensión; reunidos encontráis los discípulos, que escucharon vuestra palabra y siguieron vuestra pauta.

Al colocarse vuestro nombre entre aquella lista de los eximios creadores de la Universidad, se honran sus anales y se agranda su histórica epopeya. Y al rendiros nuestro obsequio humilde de hijos, los corazones se elevan rebosantes de fe hasta Dios, en plegaria que impetra auxilios múltiples y gracias abundantes para el padre que se ausenta porque nuevas ovejas debe apacentar.

Excelentísimo y Reverendísimo Señor:
Es ésta vuestra casa. Disponed!
Es ésta nuestra ofrenda. Recibidla!